

le estaba encomendada, justicia que habia de ejecutar con todos igualmente, castigando los delitos y premiando las virtudes.

El *pomo* en tenerlo el rey dentro su mano, denotaba que de la misma manera podía, como quisiera, tener en su mano todos los corazones de los subditos que Dios le habia encomendado, y así habia de procurar hacerlo, manteniéndoles en paz y justicia, no permitiendo se les hiciese ningun agravio.

Concluido, el mismo Romaset cantó otra trova cómpuesta toda por el dicho infante en alabanza del rey; y en seguida entró otro juglar, llamado Novevellet, el cual recitó mas de setecientos versos que tambien Don Pedro habia compuesto, y contenian el orden y modo que el rey habia de guardar en el gobierno y disposicion de su casa, y en la provision de todos sus oficiales y ministros.

La nombradía del infante se aumentó con ello y creció de todo punto cuando, en la justa del siguiente dia, se le vió ser el vencedor y recibir el premio del triunfo.

Si buen poeta tenia la gaya ciencia, con buena lanza podia contar el rey.

Pero aun tenia este último otra cosa mejor, tenia en él un leal y decidido hermano, un fiel y pundonoroso vasallo.

He ahí sino el caso.

Antes de ser coronado rey Don Alonso, en vida de su padre Don Jaime II, fué enviado á la isla de Cerdeña con una poderosa armada, dejando en Zaragoza á su muger Teresa de Entenza, y á sus dos hijos Pedro y Jaime de los que el primero tenia apenas cinco años.

Viejo y achacoso estaba el rey Don Jaime, y mientras Don Alonso partía á Cerdeña en busca de aventuras y peligrosas batallas, movióse gran disputa en los reinos sobre si el infante Don Pedro, hermano de Don Alonso, debia heredar la corona en caso de morir este último en Cerdeña.

El rey Don Jaime que queria mucho á su hijo, fué de este parecer, y entonces el famoso caballero Don Jimen de Cornel hizo que casi todos los ricos homes y caballeros de la corte se declarasen por el infante, en preferencia al hijo de Don Alonso, el niño Pedro.

Súpolo á tiempo Doña Teresa de Entenza y vistiéndose de luto se presentó en las habitaciones del infante Don Pedro.

— Qué es eso, señora? — dijo este al ver en tal traje á su cuñada. — Por qué esas enlutadas ropas? Dios mio! será que mi hermano....

— Vuestro hermano y mi marido, gracias á Dios, pelea sano y bueno contra los enemigos. No es por él por quien visto luto.

— Pues por quién?

— Por mi hijo de cinco años, por mi Pedro.

— Ha muerto, señora?

— Tampoco es esto. Vive, pero le han arrojado del trono.

— No entiendo....

— Oidme, — dijo Doña Teresa con ánimo varonil, — oidme y respondedme por vuestra fé de caballero. Si Don Jaime muere, á quién pertenece el trono?

— A vuestro marido y mi hermano.

— Y si este muriese tambien?

— Claro está que á vuestro hijo Pedro.

La de Entenza respiró.

— Oh! gracias! gracias! vos reconocéis su derecho, quitarme puedo mi luto.

— Pero me esplicareis....

— Os lo diré brevemente. Vuestro padre, los ricos homes todos, os han señalado á vos para ocupar el trono, en caso de que muera en Cerdeña mi señor y esposo.

— A mí!

— A vos.

Don Pedro se sonrió.

— No temais por el derecho de vuestro hijo, señora. Don Pedro os lo asegura y os da su palabra de caballero. Si mi hermano muere, el hijo de mi hermano es el que reinar debe, y si me ofrecen la corona, creedlo, la reusaré.

— Y si os obligan á aceptarla?

— No pueden obligarme.

— Pero en fin, si os obligasen?

— Entonces..... me retiraria á un claustro.

Tal era Don Pedro.

Aquel mismo dia, luego de haber despedido y acabado de tranquilizar á

Doña Teresa, fué en busca de su padre, fué en busca de los ricos homes y de él y de ellos consiguió que la corona fuese señalada á quien pertenecia de derecho. Sus súplicas con unos, con otros sus instancias y sus amenazas, alcanzaron que todos cediesen en su empeño, y tuvo el gusto de ver reunirse cortes en Zaragoza para hacerse la proclamacion. Él fué de los primeros en jurar á su sobrino; y luego de pronunciadas las sacras palabras, como un adulator cortesano le dijese al oido:

— Este juramento os cuesta una corona, el

Él contestó con una dignidad heroica:

— Y qué importa, si asegura la paz de todo un reino? —  
Felizmente, regresó de su expedición D. Alonso, y ya está dicho lo que acaeció cuando su coronación.

Quiso Don Alonso al sentarse en el trono casar á su hermano con Doña Juana de Foix, hermana del conde de Foix, en quien se hallaban á competencia los méritos del alma con las dotes del cuerpo.

Ajustáronse los tratados, y en 1331 efectuose el enlace.

Don Alonso tuvo en su hermano el mejor guerrero de su reino y en cien gloriosas empresas debió la victoria á su consejo y á su brazo.

En el interin, dióle sucesivamente cuatro hijos su muger, la bella y virtuosa Doña Juana: el primero se llamó Don Alonso y fué conde de Ribagorza, el segundo Don Juan y fué conde de las montañas de Prades, el tercero Don Jaime y fué obispo de Tortosa y arzobispo de Valencia; fué su cuarta hija Leonor, con el tiempo reina de Chipre.

Retirado se hallaba en su baronía de Entenza, cuando perdió el infante á su esposa. Grande fué el dolor que sintió con esta pérdida, tan grande que sus deudos, sus amigos, sus servidores temieron perderle á él en pos de ella.

Desde aquel momento la melancolía empezó á roer aquella noble alma, la tristeza no le abandonaba un momento; la amargura le acompañaba siempre.

Los negocios públicos le reclamaron en vano. Solo una vez, una vez sola, se le vió volver á presentarse en el teatro político.

Era el caso que se hallaba alborotada Cataluña con los sangrientos bandos entre el infante Don Ramon Berenguer, hermano de Don Pedro y el vizeconde de Rocaberti; la lucha amenazaba prolongarse; Cataluña iba á sumirse en un lago de sangre y de horrores.

Aquel fué el momento que Don Pedro pareció escoger para presentarse por última vez en la arena de los combates; y no fué como guerrero, fué como mediador.

Lo que no había podido contener el rey, lo que no habían logrado remediar las cortes, pudo apaciguarlo Don Pedro que, como un iris de paz y de bonanza, se presentó entre los dos bandos y á uno y á otro exigió cuenta en nombre de Dios de la sangre que impiamente derramaban.

Su mediación y su gran autoridad bastaron. A su voz los combatientes depusieron sus armas.

Poco tiempo despues, la corte, el reino, el pueblo, todos oyeron con asombro circular la nueva de que el infante ya no pertenecía al mundo.

En efecto, acababa de trocar la espada por el cilicio, por el sayal la cota de malla; por el retiro de una celda el bullicio de un palacio.

Qué es lo que pudo motivar en él tan súbita determinación?

Se ignora.

Las crónicas del convento de San Francisco han creído hallar sin embargo la verdad en un sueño que dicen haber tenido el infante y que no dudan en apellidar milagro.

He ahí lo que dice una de las más autorizadas:

«Entre las muchas noches, una le tuvo al infante tan lloroso que derramaba muchas lágrimas y ofrecía á Dios sus votos y sus ruegos. Hallábase en el oratorio, y se sintió asaltado de un dulcísimo y profundo sueño. Habiéndose dormido, le pareció que se llenaba de luces celestiales el oratorio, y que entraba por la puerta el padre fray Bernardo Bruno ó Brú, de nación catalán, ministro provincial de la provincia, á quien el infante conocía mucho, y entonces se hallaba en su convento de San Francisco de Barcelona. Parecíale que llegándose á él el provincial le decía apresurado:— Levantaos infante, y salid á recibir á vuestro tío fray Luis, que con otros santos religiosos de nuestra orden viene á visitaros.

«En las mismas quietudes del misterioso sueño, le pareció al infante que salió á la sala, que vió á su tío San Luis vestido de obispo, con la numerosa comitiva de religiosos santos, y que hincado de rodillas, le fué á besar los piés, y el santo le dió los brazos, y un ósculo en la mejilla, que le bañó en celestiales dulzuras el corazón.

«Entraron en el oratorio, y habiéndole declarado el santo obispo quién eran aquellos que le acompañaban, le dijo:— Sobrino carísimo mio, yo vengo de parte de Dios á confirmarte en tus buenos deseos y pensamientos de salir del mundo, para que logres con acierto tus desengaños. A estos de mi comitiva y á mí, nos puso su misericordia en la posesión de la felicidad, que miras escrita con rayos de luz eterna por el generoso desprecio que hicimos de las vanidades del mundo, por la pobreza evangélica que profesa la orden de San Francisco. Este es el camino que Dios te señala para el cielo.

«Dicho esto, y dándole segunda vez los brazos con el ósculo de paz, desapareció esta celestial vision, dejando lleno de glorias el espíritu del religioso infante.

«Así refieren el suceso los cándidos cronistas, añadiendo que al siguiente día mandó á llamar el infante á Fray Bernardo Brú, y que llegado este á su castillo, le contó el sueño. Fray Bernardo le dijo que en ello estaba claramente

manifiesta la voluntad de Dios; y en seguida pasando á repartir sus bienes entre sus hijos, el infante tomó con gran secreto el hábito en el convento de Barcelona.

Sea la del sueño, que no merece por cierto todas las probabilidades, sea otra cualquiera la causa, lo cierto es que en 1358 el infante Don Pedro entraba á formar parte de la comunidad de San Francisco de Asis de Barcelona.

Si elogios mereció en el mundo, no menores los mereció en el claustro. Digno y santo religioso, empezó su vida en obras piadosas, y bajo el pulpito en el que muy á menudo se presentaba, veía agruparse solícita la gente, deseosa de oír resbalar de sus labios las dulces reglas de las santas verdades.

Los reyes hicieron gran caso de él, le consultaban, le pedían el apoyo de sus luces y consejos, y el pobre Franciscano pisó mas de una vez, para llevar la paz y la calma á las agitadas cortes, las alfombras de los palacios mismos que cubierto le vieran un día de hierro ó de galas y que entonces le contemplaban con su modesto sayal y sus humildes sandalias.

El monge del convento de Barcelona vióse llamado á las mas altas dignidades de la Iglesia, todo lo rehusó, todo lo dimitió. Un sayal y una celda le bastaban. En vano los reyes quisieron obsequiarle, en vano el papa trató de enaltecerle con eclesiásticos títulos.

— Un título solo me basta, — decia el antiguo infante. — Y ese título? — le preguntaron un dia. — Es el de siervo de Dios — contestó modestamente.

Quando murió Gregorio XI, todos saben el cisma que se declaró en la Iglesia. Urbano y Clemente se disputaban la tiara.

Alemania, Inglaterra, Ungría é Italia, menos Doña Juana de Nápoles, se declararon por Urbano. Clemente tuvo en su favor á España, Francia y Escocia.

Los Franciscanos todos se alinearon junto al primero, y Fray Pedro de Aragon escribió una carta á Carlos V de Francia y á otros príncipes, para que obedeciesen al verdadero pontífice y sucesor legítimo de San Pedro. Deciales en esta carta como le habia sido revelado por celeste vision, que el papa Urbano VI habia sido canónicamente electo en el conclave de Roma, y que caeria la ira del cielo sobre aquellos que no quisiesen respetarle como vicario de Cristo.

Aquí es donde los crédulos cronistas se unen todos en coro para ensalzar á Fray Pedro de Aragon, haciendo notar la verdad de su revelacion, pues que todos los reyes, reinas y príncipes que no hicieron caso de su carta, murieron, dicen, de mala muerte ó con señales terribles les mostró el cielo sus iras.

Uno de los mas autorizados cronistas se espresa así:

« La reina Juana de Nápoles, que fué la primera protectora del cisma, hizo una muerte tan desastrada que se horroriza la pluma al contarla. Carlos rey de Nápoles, torpemente ingrato y bárbaramente enemigo del papa Urbano, murió violentamente en una conspiracion en Ungría. El rey Carlos V de Francia murió á quince dias despues que recibió y no obedeció la carta de su tio Fray Pedro. El rey Don Juan I de Castilla murió en Alcalá de Henares precipitado de un caballo. Su hijo y sucesor Don Enrique III vivió enfermizo dejando nombre de *el doliente* y murió á 26 años. El rey Don Juan I de Aragon murió violentamente en la caza. Cumplióse con los reyes la amenaza, porque no admitieron el aviso y amonestaciones del santo Fray Pedro.»

Así habla un historiador de la orden, creyendo ciegamente provenidos todos estos daños de no haber seguido los consejos del religioso infante.

Llególe á Fray Pedro la hora de su muerte hallándose en Gandía. Conoció que sus últimos momentos se acercaban y por lo mismo se hizo transportar á Valencia donde tuvo la muerte del justo.

Tenia entonces setenta y seis años y veinte y dos de fraile. Murió en 1380 y fué enterrado en el convento de San Francisco de Valencia. Sus restos estaban con veneracion y en magnífico sepulcro, en la capilla de la noble casa de Cardona, marqueses de Guadaleste y almirantes de Aragon.

Digna de respeto es su memoria como dignas fueron de veneracion sus virtudes.

Vivió en la religion tan pobre como si nada hubiera poseido en el mundo; y tan humilde como si no hubiera nacido tan noble. Olvidóse enteramente de lo que habia sido, acordándose solo que era religioso de San Francisco para la observancia de la regla, para la desnudez, para la penitencia, para el buen ejemplo y para la mortificacion; pacificó los reyes y los reinos; predicó en Chipre, en Francia y en Italia; no tuvo en la orden ningun empleo y veinte y dos años permaneció en ella obedeciendo.

Tal fué Fray Pedro de Aragon.